



LIBROS

“El Cordobés”: historia de un desclasado

VICTOR MARQUEZ REVIRIEGO

En “Ritos y juegos del toro” cuenta el malogrado Angel Alvarez de Miranda: “en su vejez, el Rey Fernando el Católico, deseoso de descendencia de su segunda mujer y sobrina, Germana de Foix, se hizo preparar un condimento con testículos de toro” (1). Es el viejo mito de la transmisión de la potencia. En el lenguaje popular se dice muy claro: “lo que se come, se cría”. Lo que se come y lo que se mata. Matar al enemigo para robarle su fuerza y su poder. Matar un león era prueba para ser guerrero adulto en muchas tribus africanas.

MANUEL Benítez Pérez, conocido en el siglo por “El Cordobés”, ha matado dos mil toros y de ellos parece heredar el vigor —sexual y puramente vital— que todavía a los cuarenta y tres años le mantiene en tensión per-

(1) A. ALVAREZ DE MIRANDA: “Ritos y juegos del toro”, prólogo de Julio Caro Baroja. Edición de Conxelo de la Gondara, José María Blázquez y José Torreblanca. Taurus Ediciones, Madrid 1962. Colección “Ensayistas de Hoy”. N.º 30. Álvarez de Miranda toma la cita de “Opus Epistolarum Petri Martyris Angleria”. “La misma cosa —escribe— cuenta el médico español Galíndez Carvajal”, según A. Giménez Soler en “Fernando el Católico”, Barcelona 1941.

manente, como un turbión, a veces brutal. Esa vida apasionada y turbulenta la cuentan —en un libro-reportaje que se lee de un tirón— dos periodistas: Raúl del Pozo y Diego Bardón. Es una pena que un libro de tanto gancho para el lector tenga un título tan tonto, retorcido y ñoño: “Un ataúd de terciopelo... para un mito de papel” (2).

Del Pozo y Bardón reúnen entre los dos una biografía hemingwayna: corresponsalías en Buenos Aires, Moscú, Londres, Lis-

(2) DEL POZO/BARDÓN: “Un ataúd de terciopelo... para un mito de papel”, Ediciones Zeta, Barcelona, abril de 1980, 208 páginas.

boa (la revolución de los claves), periodismo viajero, marinería en África, escritor pánico en París, novillero que va a la cárcel por solidarizarse con el novillo que tenía que matar...

La obra empieza en Granada —cuando el matador hace gimnasia antes de la corrida— y acaba en Granada quince horas después, con la gran juerga de fin de temporada, antes del invierno americano del torero.

Al hilo de esas horas meten los autores la vida y milagros del antiguo robaperas y su compañía.

¿Qué idea sacamos de él?

Es un hombre que gracias al toro saltó de la miseria a la fortu-

na. “Dos mil toros y unos tratos hábiles con los gitanos y los tratantes han alejado a Benítez de José Benítez “El Renco” y lo han acercado al dueño de los toros”. “El Renco”, su padre, murió en la cárcel y era un jornalero que se emborrachó de alegría cuando se proclamó la República. Su hijo Manuel —correcaminos, albañil sin suerte, emigrante frustrado, robagallinas encarcelado, lo que ahora se llama un marginado— encontrará en el toro la liberación. Es un hombre que escapa de su clase, como el pícaro afortunado. Pero tras esa transgresión que le libera, los autores le ven caer en otra prisión, en otra servidumbre, la que impone el dinero y la nueva clase con sus usos y abusos. En la obra se trasluce una laudatoria nostalgia para lo que fue y cierta censura, a veces acre, para lo que es o lo que representa ser, para su nuevo papel. En ocasiones parece escaparse de él; y, en las juergas o en la plaza, le sale cierta casta golfa y burlanga.

Como todo buen califa el Cordobés tiene su corte. El retrato



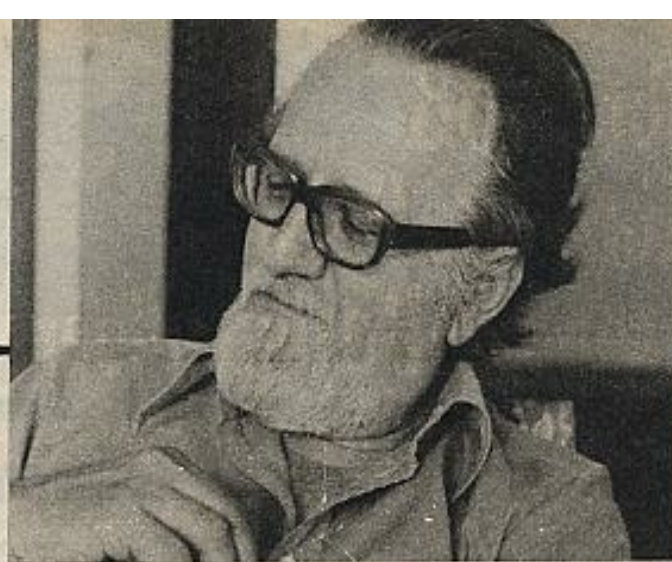
Raúl del Pozo.



Diego Bardón.

—a veces un apunte impresionista, una instantánea; casi nunca una minitura detallista— de esos personajes es sugerente. El Duque, impresionante, curioso, pequeño gran patrón de burdel en América; durante la temporada es el dueño del descanso del maestro, que impide el paso si quiere al mismísimo general Campano. El Duque tiene un oficio en América (la española) que William Faulkner consideraba ideal para un artista. El picador, Sigüenza. Falto de perfiles, dibujado un tanto, Paquito Ruiz, pieza clave del tinglado, casi el Fernando Abril de Manuel Benítez. Lejano, como fondo, avenate, genialoide y ensombreado, pasa "El Pipo", el inventor del mito. Los Espartacos, padre e hijo, dos generaciones en lucha contra un solo cordobés. Miguel Mateo "Miguelín", el torero de Rossi en "El momento de la verdad", contrapunto del héroe fabricado (su coartada para ser verdadero); marginal y pasota. Otros borrosos y alejados: Martina, Angela la torera, el muerto Horillo, antiguo compañero de faenas y penas. Todos ayudan, por contraste o acumulación, a delimitar a Manuel Benítez, hombre sin límites a quien gusta pasar por el aire libre y volar, y torero a quien en contra de la crítica ilustrada los autores salvaban como tal, aunque le condenan como capitalista (que fue del "Renco" al Rolls). De toda la fauna humana que le rodea, o que rodea a sus amigos-enemigos, el más sentencioso acaso sea Bojilla, el ayo taurino del joven Espartaco (Espartaco y el Cordobés están unidos por la empresa de los Lozano que lleva a los dos). Dice Bojilla:

—Los toreros de ahora son todos medio maricones. Toreros, toreros, Lagartijo y Frascuelo. Frascuelo, el día de la corrida, se comía un estofado de vaca, luego se encendía un puro y se tomaba dos copas de aguardiente. Iba después a la mujer y le decía: "Cayetana, ponte", y le echaba un par de mantecacos. Frascuelo, que era de Granada, se iba luego al pilón de los caballos a lavarse los huevos, lo cual los buenos aficionados iban a ver porque los tenía como cocos. Eso sí que eran toreros. ■



José Donoso.

La desaparición de la marquesa

LIADOS a la suerte, tal vez en una librería de viejo aún se pueda conseguir alguna de las tantas novelas de Felipe Trigo publicadas en Renacimiento. Puestos a rebuscar, a lo mejor aparece cualquier ejemplar de Zamacois o de José María Carretero y Novillo, más conocido por "El Caballero Audaz". Y si uno es fetichista de nombres sería imperdonable olvidarse de Artemio Precioso con sus obras recogidas en "Flores de pasión, novelas y cuentos", o de Picón (Jacinto Octavio), con su "Juanita Tenorio". Suma sería la fortuna si cae en nuestras manos "El infierno de la voluptuosidad", de Alvaro Retana, o "Vértice de amor, de las memorias de un romántico sensual", de Felipe Sassone... Como un daguerrotipo mustio y desvaído, esas y otras novelas de similar aliento nos evocarían el aroma ya lejano de la literatura erótica y galante de comienzos de siglo, plagada de bellezas ojerasas, de murmullos de "boudoirs" y frufrú de sedas y terciopelos; de cotillones y baile de máscaras a ritmo de mazurca, gavota o minué. En medio de ello, el claroscuro de los cuerpos que se buscan sensualmente, que se desvelan o se embozan anticipando, proclamando el vértigo del latir voluptuoso de la piel de los amantes: el becqueriano "rumor de besos y batir de alas".

José Donoso hace ahora una incursión por ese escenario de alcobas con cortinones, lacas y camisones de Holanda; por esos jardines y palcos resguardados donde sólo se oye el susurro perverso y contenido de los cuerpos que se gozan. En "La misteriosa desaparición de la marquesita de Loria" (1) hay una deliberada voluntad mimética, un declarado intento de recreación de todo ese mundo de escarceos galantes y

osadías eróticas de principios de siglo. Es una calcomanía recobrada, un camafeo que se desempolva al hilo de una escritura sutil y refinada. Su protagonista es una joven marquesita nicaragüense —viuda tempranera, de fragilidad angélica y una insatisfacción y ávida vida amorosa— vecindada en Madrid. La Villa y Corte de los años 20, con sus palcos de abono, sus mansiones solariegas, el parque del Buen Retiro y su aristocracia y bohemia de salón es el inevitable marco para los avatares de la marquesita. Un marco querido por esos narradores que ahora duermen su sueño de olvido en las librerías de viejo. Donoso lo sabe y lo manifiesta sin pudor. Ahí están las ilustraciones de Penagos, Ribas, José Zamora y Varela de Seijas —deliciosamente cursis, tan decadentes— incluidas en su novela como un guiño cómplice. O la relación que hace la marquesita de los autores —Felipe Trigo, Caballero Audaz, Vargas Vila, Hernández Catá— de la biblioteca del señor Almanza: débito reconocido, homenaje nostálgico.

Mas no hay sólo nostalgia en este "divertimento" galante de José Donoso. Evidentemente, el erotismo va impregnando cálidamente —grafía de cuerpos que se recorren en la luz y en lo secreto— las páginas de la novela. Una varia recurrencia de posibilidades en el juego del amor se nos presenta como un caleidoscopio que Eros girara sonriente: manos atrevidas que palpan en el "foyer" de los teatros, la entrega eufórica, el goce que se persigue ante el "voyeur" complaciente, el lecho tripartito, el tributo a Lesbos y a Onán, además de la muerte —enarbolado el mástil amador— de un anclano galán en el momento del su-

(1) "La misteriosa desaparición de la marquesita de Loria", José Donoso. Seix Barral, Barcelona, 1980. 198 páginas.

premo disfrute... Todo envuelto en un clima socarrón y sugerente, con humor y ternura, con un discurso fresco y festivo. Pero también hay un constante sentimiento de decrepitud que refleja la vida moral de esa sociedad aristocrática de los años 20. Es el desvelar el rostro oculto; documento y testimonio de la fatuidad, del envilecimiento de unos titeres de salón lujosamente marchitos.

Y, sin embargo, algo impide que la marquesita y sus peripecias amorosas nos complazca del todo. Es precisamente su "misteriosa desaparición". La novela surge, como dijimos, de una deliberada recreación mimética. Si se parte de esa premisa, toda transgresión debe hacerse con una especial cautela, casi furtivamente. Donoso —en pleno derecho— lleva a cabo una transgresión. Pero lo hace de manera ostensible. Lo fantástico, lo insólito, irrumpe al resolver la novela. Como si Donoso quisiera poner su marchamo de narrador de una literatura que tiene por una de sus cartas credenciales lo "mágico", lo "maravilloso", en esta marquesita que estaba siendo felizmente mimética y europea. Donoso rompe las reglas del juego para proclamar que su novela es "diferente" a las del género galante. Y eso tendría que haberse desprendido del propio discurso narrativo, de la relectura —análisis y distanciamiento— de la mimesis establecida de antemano.

Olvidemos ese final ambiguo y pretendidamente inquietante y quedémonos con nuestra marquesita de Loria ingenua y perversa, con su ansia y disposición amorosa, con su belleza "chic" deambulando lasciva, sin prendas íntimas que perturben el tubo de la falda, por el álbum esfumado de los recuerdos de principios de siglo. ■ SABAS MARTÍN.

Polémicas de un español polémico

EL gran historiador Claudio Sánchez-Albornoz personifica uno de los tipos esenciales de españolidad, de los modos de ser